



las ARMAS SON JUGUETES

De cien padres que entran en una tienda para comprar un regalo a su hijo, veinte escogen un arma. Cuanto más se aproxime la reproducción a la realidad, más apreciada será por el niño...; cuanto más cara, tanto más éxito tendrá entre sus compradores.

El comerciante no es responsable de un accidente fortuito, puesto que los padres están en libertad de comprar o no estos juguetes.

Nos hemos esforzado en sondear un poco el problema; en intentar determinar los móviles que inducen a los padres a elegir —o a negarse a comprar— los juguetes de guerra. Para ello, nos hemos entrevistado con algunos padres, fabricantes y vendedores de juguetes, y, por último, con pedagogos y psicólogos, que han analizado el sentido profundo de estas diferentes actitudes.

Juguetes "guerreros". ¿hacen niños violentos?

Recordemos la Navidad pasada. Cada año se plantea el problema de los juguetes de guerra que ingeniosos fabricantes se esfuerzan en producir lo más semejantes posible a las armas "de moda", ya se trate de fusiles o de trajes de cow-boy. Sabemos perfectamente que a los niños les hace gran ilusión el jugar a "personas mayores...".

Es, pues, normal que, en nuestros días, la metralleta de imitación tenga extraordinario éxito, como es normal que este entusiasmo agrade sólo a la mitad de los padres, a los ojos de los cuales esta clase de artefactos posee una significación mucho más realista que a los ojos de sus hijos.

Para la mayor parte de los pequeños se trata, ante todo, de un sueño de grandes aventuras, de una imitación de las personas que inspiran miedo y a las que se teme menos desde el momento en que suplantamos, imaginativamente, su personalidad. Es un medio de sentirse poderoso para compensar su debilidad, una "válvula de escape", en fin, para todas sus violencias interiores.

¿En qué medida se ha de fomentar o autorizar esto? En otros términos, ¿corre riesgo el niño de adquirir así la mala costumbre de gestos violentos o, por el contrario, se libera por este medio de sus tendencias agresivas? Esa es la eterna cuestión. Para abordarla es necesario, en todo caso, que los educadores hagan tabla rasa de sus propias reacciones afectivas, que no prueban nada en un sentido ni en otro.

Sin duda, sería un error creer que existe una solución para todas las edades y para todos los casos. Este género de regalo está indicado, en general, para los niños cuyos padres sienten verdadero horror hacia estos juguetes, ya que la experiencia demuestra que son esos niños los que, habitualmente, los reclaman con mayor insistencia: la obstinación en la negativa engendra la obstinación en la demanda, y el deseo pronto llega a ser una obsesión en beneficio del prestigio de la metralleta y de todas las armas prohibidas.

Esas armas con las cuales se hace "pan-pan" corresponden a un estado "western" en la evolución de la mayor parte de los muchachitos: a falta de armas nos apuntarán con la mano, imitando la forma de una pistola. Moralmente, es la misma cosa. Pero no hay

que ver ahí, forzosamente, un acto anti-social o anti-moral. El poseedor de la metralleta es, con frecuencia, un "sherif", un valeroso representante de la Ley, un salvador, un defensor de los oprimidos, un "gran Zorro...".

Cierto que ésta no es una razón para abastecer, sistemáticamente, a todos nuestros hijos de metralletas, sobre todo cuando ellos no las reclaman. Pero me parece igualmente inoportuno DRAMATIZAR la metralleta si lo que deseamos es, en efecto, que conserve su carácter de juguete inofensivo, que, con los años, se abandona, como una niñería.

Dr. ANDRÉ BERGÉ.—Director del Centro Psico-pedagógico Claude Bernard "L'École des Parents"—4, Rue Brunel,—Paris

Saciar la agresividad latente

Sería interesante considerar los móviles que impulsan a un padre (pues son frecuentemente los padres los que compran este género de juguetes) a ofrecer a su hijo esa metralleta lanzada al mercado recientemente, parecida en todo a la verdadera, dejando a un lado su utilización final... Debe de ser menos la voluntad razonada de saciar la agresividad latente de su hijo y más el deseo de ofrecerle un magnífico regalo que él mismo, quizá, no ha podido conseguir en su infancia.

Comprará con menos gusto una pistola de cebo o de agua. Sin embargo, parece que la pistola de agua, por el hecho mismo de su valor simbólico, no tiene esa resonancia agresiva. El muchacho lo vive más como una broma y no le atribuye el mismo grado de violencia. Es agresividad también, pero el niño ve en ella una especie de farsa.

Se puede opinar sobre la justificación o el peligro de ofrecer un juguete que sea copia exacta del arma de fuego de la que se sirve el adulto. Los que están "en contra", se indignan ante esta propensión a fomentar en los jóvenes el gusto por el dominio y la guerra. Los que están "a favor", demuestran que la agresividad latente tiene necesidad de exteriorizarse y que es preciso conceder la posibilidad de hacerlo cuando el niño es todavía pequeño; después será demasiado tarde. Pero los que profesan esta teoría son, casi siempre, psicólogos. Los medios no son los mismos si

se trata de curar una timidez patológica que cuando nos referimos a la educación de un niño normal.

Observemos simplemente al niño. Si quiere ser agresivo no hay ninguna necesidad de ofrecerle armas: todo puede servirle. Clavos, lápices, trozos de madera de todas formas... Por otra parte, si se admite que todo juego puede ser educativo, en la medida en que el niño pueda desarrollar su capacidad creadora, parece que cuando un muchacho —en el campo o en el bosque— talla un arco, una culata de fusil o encuentra una rama que tenga el aspecto de una pistola y organiza su juego, persiguiendo bestias feroces imaginarias o simples gorriones, este "juego de guerra" no es, en sí, antieducativo, pues el niño ha contribuido personalmente a la creación de una situación que él mismo vive y modifica hasta el infinito.

Armas para la vida: no para la muerte

Todo depende de la manera con que se le ofrece el arma al niño. Ciertamente, es más constructivo —desde el punto de vista edu-



cativo— el comprar, con el fusil, una coraza de Davy Crockett o de explorador, con la cual el muchacho va a identificarse con un personaje que él admira. Al mismo tiempo, su imaginación "trabaja". Es necesario que el juguete no tenga una utilización determinada: el campo de aplicación del objeto debe ser ilimitado. Así, por ejemplo, las batallas organizadas con soldados de plomo o de plástico dan lugar a toda clase de situaciones imaginadas por el niño. En este sentido, el juego es positivo.

Parece, sin embargo, que no se debería ofrecer armas al niño sino cuando éste las pide insistentemente; pero es, con frecuencia, el adulto (que quiere ofrecerle "el objeto más extraordinario") quien suscita en el niño un nuevo antojo.

Por el contrario, sería quizá nefasto (esto depende, esencialmente, del grado de deseo manifestado por el niño) el negarle un arma que sus compañeros poseen y sin la cual él no podrá participar en los juegos del grupo.

Es difícil encontrar la justa medida. Pensemos en esa madre, particularmente tímida, que decía: "Yo no quiero que mi hijo juegue a la guerra..." El resultado era que su hijo quedaba solo en el patio de recreo, en un rincón, "matando" mentalmente a todo el mundo y gimoteando cuando alguien lo empujaba.

La lucha, en sí, es una buena cosa, es necesaria para vivir; pero lo que no es de ningún modo necesario es aniquilar al adversario. En este sentido es en el que los padres deben intervenir. No dedicándose a averiguar si es o no necesario prohibir al niño que se bata, sino orientándolo hacia una lucha positiva.

Batallas constructivas

Estamos en un mundo nuevo, vamos a intentar la conquista del espacio. Los niños se interesan, cada vez más, por los cohetes y los sputniks, y sus juegos siguen la preocupación de los adultos. ¿Por qué no decirles que este género de conquistas es más legítimo que las que han ocasionado las recientes guerras? ¿Por qué situar al niño en lo que nosotros, adultos, hemos vivido, en el sufrimiento que hemos soportado? En parte, es así como se

transmite la tradición; la tradición guerrera, entre otras.

¿Podemos liberarnos de todo esto? Por primera vez en la historia de la humanidad parece que podemos, porque tenemos otras posibilidades de luchar, de enriquecernos, de expansionarnos. Tenemos que elegir y es, ciertamente, tarea de los padres el influir en esta elección, no transmitiendo a los niños más que lo que el pasado ha podido tener de constructivo, de auténtico; esforzándonos en no hacerles revivir sino lo que pueda ser útil para su porvenir; no buscando el hacerles recordar nuestros sufrimientos, cuya causa es para ellos difícilmente comprensible.

Mantengámonos a flote en esta rápida evolución del mundo, para la cual la agresividad del hombre ha sido, quizá, un elemento de progreso. No intentemos ahogar esta agresividad en el niño, sino canalizarla desde el momento en que esté en edad de comprender; cuando sintamos que ya no tiene deseo de disfrazarse, a cada instante, de "sherif" o de bandido. Hagámosle comprender que la lucha puede obtenerse por otros medios distintos que el de la destrucción del enemigo; destrucción que, incluso en las guerras que nosotros hemos vivido, no ha solucionado nada.

Mme. MORGOULIS

"L'Ecole des Parents".—4, Rue Brunel.—París

Padres pacifistas

A muchos padres les repugna ofrecer a sus hijos un arma en calidad de regalo. Pero, cualquier día, ven a su hijo volver de la escuela mostrando orgullosamente una pistola que le ha prestado un compañero. Ya antes jugaba a la guerra, pero solamente con unos palos que afilaba, corriendo el riesgo, efectivamente, de herirse.

Estos padres, al ver a su hijo con la pistola prestada, van a aceptar de mala gana el acontecimiento, a soportarlo como una catástrofe, como una influencia maligna del ambiente escolar.

Algunos padres manifiestan abiertamente una obsesión por el juguete de guerra: les "hace daño" el ver a su chico blandir una pistola y jugar a la guerra. Explican que en su



familia siempre se describe la guerra como una gran desgracia, donde "los papás mueren", y que es inadmisible el jugar con una idea semejante. En estas familias se rechaza, sistemáticamente, toda señal de agresividad.

Otros son menos categóricos: "Naturalmente —dicen— no somos partidarios de los juguetes bélicos; pero el niño tiene deseo de ellos. Así, pues, procuramos que el regalo de un fusil o de una pistola no venga de nosotros directamente, sino del abuelo o de la tía. De esa manera, somos más libres para aconsejar al niño sobre la forma de utilizarlo".

Es interesante observar que casi todos los padres, en el curso de las conversaciones sobre este tema, desean encontrar una forma de "presentar el arma" que evite el acentuar su aspecto de lucha y de agresividad.

Por otra parte, con frecuencia se sienten desorientados, no sabiendo verdaderamente qué decir al niño, en especial cuando se trata de padres que creen en la necesidad de que su hijo exteriorice esa agresividad que todo muchacho "debe llevar en sí" (se trata, evidentemente, siempre de muchachos). Creen que esto es indispensable para su equilibrio afectivo. Cuanto más batallador sea, tanto más se manifestará su virilidad... "es un verdadero chico", dirán con orgullo.

No es más que un juego

Parece ser que éste es un dominio en el que nadie tiene una opinión tajante: "A favor o en contra de las armas utilizadas como jue-

go". "A favor o en contra de la exteriorización de la agresividad". Al parecer, esta cuestión suele resolverse por cada familia de modo personal, según cómo nosotros mismos, padres o madres, sepamos reprimir nuestra propia agresividad. Según sintamos la de los demás con mayor o menor ansiedad, que soportemos más o menos bien la contradicción entre nuestros principios educativos y lo que estamos obligados a tolerar a nuestro alrededor.

"Todo eso no es más que un juego" —dicen algunos padres—. "Por tanto, el arma debe considerarse como un juguete simbólico". En este caso, el juego perderá su carácter de realidad. Será la espada de caucho del valiente guerrero o la metralleta de plástico que dispara ráfagas de balas de ping pong, sin riesgo para el adversario. La agresividad latente está transpuesta a un terreno sin peligro; está disciplinada, intelectualizada y, por tanto, aceptable. El arma no sería ya, para el niño, un estímulo al acto anti-social y destructor, sino una posibilidad de afirmación viril de sí mismo.



Nuestras conversaciones con los educadores y psicólogos nos han inducido a pensar que tampoco entre ellos está zanjado el problema del juego guerrero.

Algunos piensan que el arma (cuya utilización en el adulto es para matar a otro) pertenece a la esencia misma del juego. Si el niño no posee en su arsenal de juguetes verdaderas armas, las fabricará con un trozo de madera, siguiendo en eso el ejemplo de sus compañeros, o impulsado por el deseo de tener alguna cosa que se parezca a los juguetes de sus amigos.

Nos decía un psicólogo que en los juegos del adulto el arma de fuego es, también, una actividad lúdica. En toda feria o kermesse, por modesta que sea, vemos instalar un puesto de tiro de escopeta. El hecho parece tan general que uno se puede preguntar si, efectivamente, el uso del arma de fuego no es un juego por excelencia. La guerra misma, ¿no es el "gran juego", como la han denominado tantos sociólogos y escritores? "Por tanto —concluía este psicólogo— no es extraño que el niño juegue a la guerra, puesto que es también el juego del adulto".

Sin embargo, esta postura está moderada por el hecho de que la guerra no tiene el mismo significado para el niño que para el adulto: "Yo le mato, él cae y se hace el muerto", representa más bien, para el niño, la imitación de lo que él ve en el cine, en la televisión o en las películas de dibujos, sin relacionarlo con la realidad de la muerte. No se juega ya a la guerra hacia los 15 ó 16 años, cuando se tiene conciencia de lo que es la muerte. El niño vive el juego en un plano imaginativo, y el arma pertenece a todo un mundo simbólico. Los pedagogos aconsejan la conveniencia de enseñar a jugar a los niños en este sentido.

J. GERMÉZANO

"L'Ecole des Parents".—4, Rue Brunel.—Paris